

Nos comemos unos a los otros

El futuro también es trauma

Adrián Liberman L.

*Hacen bien en creer que van a morir,
¿porque si no cómo soportarían la vida que llevan?*

Jacques Lacan

*Twenty four hours a day, I want to be sedated
(Veinticuatro horas al día, quiero estar sedado)*

The Ramones

La viga maestra de lo que sigue tiene que ver con una idea muy sencilla:

Clásicamente, el trauma era un acontecimiento que desborda al que lo vive y que puede hacerle sufrir hasta que lo disuelve, lo re-encauza y pierde poder patógeno. ¿Pero y si el futuro pinta tan mal que se está seguro que es lo peor? ¿Si el porvenir sólo puede caracterizarse como el momento en que nos comeremos unos a otros, no puede esa idea desarbolar la subjetividad? ¿Será útil preguntarse si un futuro anticipado como malo tiene igual valor y efecto que un pasado que no deja de ser tal?

¿Es decir, si alguna vez el pasado fue tan malo, o tan violento, que hizo síntomas en el presente (la fantasía inconciente en la base

de la histeria, como modelo) (Freud,1910), un futuro, visualizado como catastrófico e inmodificable puede hacer trauma hoy? ¿O al menos asimilarse a la idea que durante 120 años tenemos de ello?

Si logro sustentar algo de lo anterior, también intentaré extender estas propuestas a algunas de las formas de la clínica actual, como a los posibles ecos que esto tenga en nuestra manera de hacer psicoanálisis.

Algunas ideas sobre la dimensión temporal en Psicoanálisis

Los diferentes sentidos que los términos temporales tienen están anudados desde los primeros momentos del surgimiento del Psicoanálisis a su versión como doctrina (teoría) y como procedimiento (cura). Las ideas de repetición, transferencia, fijación, regresión, ritmo, desarrollo, entre muchas otras estas atravesadas por diversos sentidos y alcances que estos significantes tienen.

Una de las múltiples maneras de caracterizar el psicoanálisis, es que éste es una teoría de como el pretérito se convierte en presente actuante en la vida psíquica. Forma de decir que su objeto, el inconciente, implica que la Historia de cada quién tiene algo que ver en quién se es. Y en quién se desea ser. Aunque al inconciente se le concibe como atemporal, sus formaciones aluden a algo del orden de lo vivido, material o fantasmáticamente que reclama vigencia, y por ello insiste. En otras palabras, parte de lo que somos pertenece a otros momentos de nuestras vidas, pero irrumpe para cuestionar el olvido como destino y tener peso en lo que se es y se anticipa.

Una de las vetas subversivas del descubrimiento freudiano es proponer la idea del presente como un pretérito actuante, la realidad psíquica, lo que se es hoy está determinado por lo que se vivió y que itera, aunque solo se haya imaginado.

La tesis de la prevalencia de la historia fantaseada sobre la historia material u objetivable, (ésta última mera sucesión de acontecimientos), en la causación de los síntomas patógenos como en la de los fantasmas inconcientes, lleva al psicoanálisis a tener el tiempo, la

cronología, y la arqueología ubicadas en un lugar central. Sea como símil de la labor terapéutica (arqueología) (Freud,1910) o como dimensiones (tiempo y cronología) de la cura y sus avatares.

Las tesis acerca de los cómo padecemos, deseamos y gozamos tienen que ver con las formas en que ordenamos los acontecimientos y nuestra interpretación de ellos.

Insistir en que la adquisición de la noción de tiempo, tal como socialmente lo entendemos, es un logro del principio de realidad, un emergente tardío y no algo dado que continúa recordándonos lo extraños que somos en casa (Freud 1895, 1920). Racionales a ratos, capaces de ordenar la experiencia a golpe de castración, nuestros relatos sobre nosotros y los otros siempre están sesgados e interferidos.

Aunque inicialmente fue el campo de la histeria el lugar para sostener estas tesis, luego las diferentes configuraciones de la subjetividad fueron terreno donde la validez de la Historia inconciente se reiteró. Y con ello, el campo y rango de acción del psicoanálisis.

Sin embargo, si se tiene en mente los comienzos de construcción de la técnica psicoanalítica como de las ideas sustentadas por Freud y sus primeros discípulos acerca del síntoma histérico y sus causas, será fácil (o al menos aspiro) ver que la arqueología era algo más que un símil, era un método.

Ideas como la sobredeterminación del síntoma, las series complementarias, las fases del desarrollo, el Edipo y sus avatares, entre muchos otros aspectos de la teoría llevan necesariamente a una concepción de la ordenación temporal a veces explícitos, otras no.

Es también acerca del tiempo como negatividad que podemos entender la melancolía y el duelo como formas de no poder dejar en el pasado determinadas vivencias. También, a través del llanto del bebé para provocar la presencia de la madre (una forma de operar sobre un futuro que se desea) podemos encontrarnos con una manera de integrar la dimensión temporal a la comprensión del funcionamiento psíquico.

En esta línea el trauma representa un modelo específico de algunos de los cómo el pasado es presente. La experiencia traumática es

una vivencia desbordante, que sobrepasa las capacidades de la estructura subjetiva para asimilarla y elaborarla. La sexualidad infantil, especialmente en su vertiente fantasmática más que vívida, era capaz de producir un sufrimiento frente al cual todo el saber de los médicos naufragaba.

Es cuando Freud insiste en hacer del sufrimiento un relato, un discurso que será versión inacabada siempre de lo vivido y de lo fantaseado (al principio indistintos) que nos abre un magnífico método y campo para entendernos. Historia dentro de la Historia, cada descubrimiento complejizó y reticuló lo que el psicoanálisis era a lo que es hoy. Y quizás a lo que llegue a ser.

La clínica y su comprensión pasó del trauma al síntoma. Mientras el trauma desbordaba, el síntoma se hacía de un espacio en la economía cotidiana de la mente. Al tiempo que el trauma debía ser revisitado para perder su cualidad de exceso, el síntoma no quiebra sino que se “asimila”. El trauma es sentido como externo, como evento que perfora la subjetividad pero no necesariamente genera una implicación de quien lo experimenta en su causación. En la medida que se hace parte de un discurso, que experimenta la torsión del orden simbólico, pierde su cualidad patógena. Por ello los seres humanos han desarrollado articulaciones discursivas que aspiran a desinvertir la experiencia traumática de su poder avasallante. Intentar representarse una inundación, una enfermedad, la pérdida súbita de alguien querido como castigos de dioses por pecados cometidos es una manera de lidiar con estas vivencias. Lo que aqueja se vuelve tragedia merced a un discurso que lo simboliza y ayuda a ser pensado. Aún así, no contamos con reticulaciones del decir que den cuenta de las maneras en que lo real insiste y por ello, religiosos o científicos, crédulos o escépticos, los eventos que a veces nos desbordan existen aún.

En esta aproximación, la del trauma como una forma particular en que lo vivido no logra hacerse historia por su cualidad superavivaria, se hace evidencia una de nuestras más dolorosas aporías técnicas. Hago alusión a la tendencia a tratar al traumatizado como una víctima. Victimizar a alguien es sustraerlo, velarle la posibilidad que

comience a colocar lo experimentado dentro de un marco discursivo. Que se dote de palabras para entender lo ocurrido, su lugar en los hechos, su intento de suturar lo que de desbordante tiene el trauma en un intento de interpretación.

Paradójico pero frecuente, a veces las formas instituidas de ayudar al que más padece están empapadas de una gran crueldad. Es en muchos momentos como si para brindar ayuda necesitásemos que el socorrido se nos muestre mucho más inerte de lo que puede estar...

Digresión aparte, sin embargo resulta interesante que el psicoanálisis plantea por un lado el determinismo inconsciente, el peso de la Historia en el padecimiento actual, pero también una forma de reordenamiento que el futuro puede ser replanteado. Sin optimismos ingenuos, el psicoanálisis en tanto cura, propone que algo de los hilos inefables que conducen a la repetición y al destino, pueden ser torcidos (Korman, 1995). O sea que puede devolverse al futuro algo de la incertidumbre, de posibilidad inédita que rescata una prudente esperanza. Esta aproximación a lo temporal le da a la cura un aspecto de apuesta, en el mejor sentido de la palabra, en cuanto a que algo indeterminado podrá advenir pese a lo espantoso que el pasado individual puede ser. Sin esta idea, que el porvenir no está cincelado indeleblemente en el pasado, nadie propondría iniciar la incierta trayectoria de una cura.

Quien lea lo anterior puede argumentar que no he hecho otra cosa distinta a roturar los conceptos de anticipación y de retroacción, el *après coup* que es parte de la vulgata psicoanalítica. Que ya sabemos merced a Freud y Lacan que aludimos a tiempos lógicos y que los tiempos cronológicos no son asunto nuestro. A lo sumo son convenciones hechas para orientarnos.

Sin embargo, quisiera poner la mirada en el futuro cuando deja de ser bisagra, lugar de indeterminación, para hacerse certeza que sólo lo peor es posible, y por ende, al igual que el trauma, el sujeto queda inerte y desarbolado. Puede ser que el énfasis del psicoanálisis en el pasado nos haya hecho descuidar el futuro, el lugar de las expectativas y la anticipación en la subjetividad. Es posible que debamos

atender a lo que cada quien espera (y teme) del porvenir en nuestra *doxa* como en nuestro hacer.

Me corrijo en lo anterior, existen algunas nociones y usos de las anticipaciones haciendo presión entre nosotros. La pregunta por la duración de la cura, los lapsos en que dará cuenta de sus resultados, los sistemas de seguridad social que limita cuantas sesiones aportará, son intentos de llevarnos a acotar el porvenir. Muchas veces más de lo que nos gusta, o de lo que realmente podemos afirmar.

En el campo de otras ciencias, por ejemplo la Economía, cada vez se le da más peso a las expectativas, a lo que se espera del futuro para entender el comportamiento de individuos y mercados. ¿Será éste un ejemplo a seguir?

Dentro de las fuerzas que funcionan como operadores para considerar la creciente pregnancia de lo no acontecido en el hoy, tomo algunos fenómenos provenientes de las transformaciones culturales que me sirven de punto de apoyo para esto:

En mi opinión, la creciente precarización del trabajo, la disolución de éste como proyecto identificatorio, su pérdida en su valor sublimatorio, hace que grandes segmentos de la población occidental sienta que el porvenir sólo es una marea de malestar. Y nada más que eso.

Muchas personas (aunque lo numérico en el contexto analítico no es fuente de validez per se) avizoran que todo el empeño puesto en hacerse sujetos productivos será barrido por algoritmos y robots que harán sus tareas mejor y más rápido.

En esta idea, instituciones como el MIT (Agudo, 2019) se manejan con predicciones de un desempleo de hasta 80% de la población. Otra señal de preocupación tiene que ver con la instauración o no de la Renta Universal (subsidio general, se trabaje o no) dentro de países escandinavos o España, al menos en términos de debate, en la actualidad (Monasterios y Aranda, 2019).

Esta vivencia de estar esperando solamente que la exclusión y la conversión en dinosaurios laborales llegue, tiene manifestaciones en la clínica, como en formas defensivas contra el miedo, como la epi-

demia de abusos de opioides en Estados Unidos. Al terror por el porvenir se le intenta combatir con el aturdimiento de la conciencia, el aplacamiento de toda señal de alarma.

Otro fenómeno extraído de la cultura puede ser el éxito y penetración que las distopías, los relatos de futuros desastrosos de todo tipo tienen en la literatura, el cine y la televisión. Las representaciones de toda forma de catástrofe se observan, se temen y ansían, quizás a partes iguales. El “éxito” a nivel de difusión que las versiones de realidades en las que los humanos somos víctimas de nosotros mismos dice de cómo muchos se sienten y de lo que sueñan...

Asistimos no sólo al fin de los ideales románticos o a las ideas que sólo nos espera El Progreso sino a la convicción contraria.

Entonces, desde fuentes diversas, las institucionales, gubernamentales, las producciones culturales de consumo masivo, la Humanidad se prepara para que una buena parte de ella no vea en su presente más que un futuro sin desafío ni estímulo. Y creo que eso debería alarmarnos a los psicoanalistas también en aras de mantener el filo de nuestra herramienta acerado...

El deseo y sus carices tiene formas correspondientes a cada época y sus peculiaridades.

Jacques Lacan (1963) sostenía que la pulsión tenía dos destinos posibles, el síntoma o la creación. Tengo la sospecha que esta última opción se va viendo obstruida para muchos, quedando el síntoma o el enquistamiento en un goce mortífero para el cual toca inventar o errar.

Una viñeta clínica para ilustrar lo anterior:

Fulano es un paciente de 28 años que veo desde hace tres años. El encuadre oscila entre lo presencial y lo virtual. Pidió ayuda porque es incapaz de abrazar ningún proyecto vital. Sus días transcurren tumbado en un sofá, jugando videojuegos, enganchado en las redes sociales y viviendo con sus padres. Obeso desaliñado, su único deseo es languidecer, convencido que la inteligencia artificial y los algoritmos llegaron para marginarlo hasta el fin de su existencia. Muchas veces siento que el tratamiento lo sostengo yo en mi deseo que varíe

su perspectiva. Él, por su lado, está convencido que el futuro ya está definido, es ominoso e irrefutable.

Dice frecuentemente, “el futuro es lo peor, no hay nada que hacerle, nos vamos a comer entre nosotros, y lo peor es que no va a alcanzar...”

Hay en este condensado metonímico, recogido en su decir y su vegetar una especie de denuncia silente de un porvenir que deja solo la opción de languidecer, fantasía que lo avasalla. ¿Y no puede intentarse inscribir un futuro fantaseado y no advenido dentro de la clínica del trauma?

Elegí este ejemplo en particular porque delata una total ausencia de incertidumbre sobre el porvenir como un desgano por querer saber de sí. El porvenir no es misterio alguno, es un presente aplastante en el cual todo está escrito, comenzando por un destino funesto.

Y es grave, porque esta batida en retirada de la incertidumbre da paso a la idea que saber sobre el inconciente como forma de cambio, como algo que vale la pena intentar, matiza nuestra actualidad. Como también contribuye a entender que la tendencia del psicoanálisis a ser un discurso presente en el campo de las ciencias se haya vuelto una asíntota, curva sin pendiente...

Tomo otro acontecimiento, esta vez de la sociedad española: el número de jóvenes que se independiza del hogar paterno y emprende una vida independiente va en picada. La falta de trabajo, o su incapacidad de constituirse en vía de realización, de movilidad, de cristalización identitaria lleva a muchos a solo esperar, porque nada se puede hacer. Por ende, tampoco formar pareja o familia, otear el horizonte para desafiar tormentas o encontrar satisfacciones resulta atractivo. Trabajar ha ido perdiendo su cualidad sublimatoria, no pone en acto las potencialidades creativas sino una espera de lo inevitable (García Vega, 2019).

Estamos incubando generaciones de zombis, aburridos, vacíos, porque no serlo no entraña ninguna ventaja. Parecería que la relación de los más jóvenes con el deseo es no experimentarlo, pero sí ralentizarlo, rarificarlo, intentar combatir sus efectos inquietantes cayendo deliberadamente en una suerte de afánisis.

Hoy en día cantidades ingentes de personas sienten que el pasado ni les protege ni les da armas para sobrevivir. Los desafíos, las dificultades y hasta los miedos son distintos. No hay respuestas en el pasado, en la Historia. A estas personas es el futuro el que las destruye.

Para muchos, el desamparo temprano vivido solo puede intercambiarse con el desamparo temido. Visto de esta manera la participación en la cultura, en el tejido de objetos comunes solo puede hacerse desde un malestar para lo cual lo conocido no parece adecuado.

La imposibilidad de hacer lazos, el placer y la sublimación en retirada, dejan montos crecientes de pulsión de muerte, presentificada en el “no hay nada que hacer”...

Lo anterior conduce inevitablemente a preguntarnos cómo y qué tiene que suceder dentro de la praxis analítica si deseamos que perviva.

Una de las primeras consecuencias lleva al replanteo de la metapsicología, si el pasado enferma, el porvenir como certeza también. La psique está hecha y funciona de las experiencias que tuvo como de las que espera tener.

Dentro del marco de la cura, ésta se sustenta por esa atribución al hoy que es la transferencia, como por el deseo de pintar nuevos lienzos con óleos viejos.

Pero también creo estar hablando que los psicoanalistas estamos llamados a modificar los dispositivos analíticos, tales como nos fueron transmitidos, para hacer “borde”, espacio donde el vivir sin deseo se convierta en relanzamiento de los proyectos identificatorios (amar, trabajar). El trabajo en el borde es el de la cornisa, para evitar que el sujeto se exilie del deseo. Intentar construir una esperanza, hecha de la idea que el porvenir puede torcerse, aunque sea en algo, frente a la convicción aplastante de no poder hacer nada sino esperar lo peor.

La esperanza analítica no es ingenua ni fácil. No es una negatividad pasiva, contemplación de la trama de los significantes y sus su-

tilezas, sino la emergencia de las acciones específicas que hagan rozar la pulsión con el deseo. Emergencia del Sujeto, apropiación del devenir...



Resumen: A partir de una revisión del concepto establecido de trauma, como acontecimiento que desborda los cauces de la psique para asimilarlo, proveniente del pasado el autor plantea si es posible considerar al futuro como instancia temporal potencialmente traumática. Mediante una revisión de fuentes provenientes de la cultura y la clínica, se propone que existen razones plausibles para considerar que un porvenir vislumbrado como catastrófico puede tener huellas similares a la idea de trauma, lo que deriva en síntomas como la desesperanza, los abusos de opioides en cantidades crecientes, entre otras manifestaciones. Si esta idea es válida, se plantea entonces qué impacto puede tener en la teoría y praxis analítica, especialmente considerando la concepción del inconsciente como atemporal y el síntoma como efecto de un pretérito actuante.

Descriptor: Trauma, Historia, Fantasía, Inconsciente, Síntoma.

We will eat each other: the future is also trauma

Abstract: Starting from a review of established concept of trauma, as an experience that overflows mind channels to assimilate, and coming from the past, the author raises the issue about future as a temporary stance potentially traumatic. By a review of different sources, from culture and clinic, the author proposes that there are plausible reasons to consider a future, seen as catastrophic, could have footprints such as trauma has. It drifts to symptoms like hopelessness, opioids abuse in large quantities, among others. If this idea has validity, then it is asked which are the consequences to the psychoanalytical theory and praxis. Specially, paying attention to the idea of the unconscious as timeless and the symptom as the consequence of a present acting History.

Descriptors: Trauma, History, Fantasy, Unconscious, Symptom.

Nós comemos um ao outro: o futuro também é trauma

Resumo: Com base em uma revisão conceitual da idéia de trauma como um evento transbordante do passado, o autor pergunta se essa idéia pode ser estendida à noção de futuro. Especialmente referido ao de um futuro que parece desprovido de qualquer noção de esperança. Se essa tese for adequada, o autor se preocupa com os efeitos que essa noção pode ter sobre a teoria e a práxis psicanalítica. Usando exemplos da cultura e da clínica, tentamos definir a psicanálise como uma prática de esperança possível.

Descritores: Trauma, Inconsciente, História, Fantasia, Sintoma.

Adrián Liberman: Montevideo, 1963. Psicoanalista, Miembro Titular en Función Didáctica de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Miembro de IPA; FEPAL e ILAP. Ha sido profesor de postgrado en la Universidad Central de Venezuela y Universidad Católica Andrés Bello. Autor de artículos psicoanalíticos. Columnista de opinión de los diarios “El Nacional”, “Talcual” y “Correo del Caroni”. Reside en Miami desde 2016.

Referencias

- Agudo, A. (2019). *700 millones de trabajadores del mundo son muy pobres*. Recuperado de www.elpais.com
- Freud, S. (1992). Manuscrito M en “Publicaciones Pre Psicoanalíticas”. En *Obras Completas* (vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu, (Trabajo original publicado 1895)
- Freud, S. (1992). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En *Obras Completas* (vol. 7). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1901)
- Freud, S. (1992). Conferencias de Introducción al Psicoanálisis. En *Obras Completas* (vol. 11). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1910)
- García Vega, M. (2019). *España camina hacia una sociedad de castas*. Recuperado de www.elpais.com
- Korman, V. (1995). *El oficio de analista*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2009). Discurso de Roma. En *Escritos I*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado 1963)
- Monasterios, M. & Aranda, J. (2019). *Retrato de una juventud que no logra emanciparse*. Recuperado de www.elpais.com
- Ramones, the. (1978). *I wanna be sedated*. RSO Records.

